

ALEJANDRO SANTA MARÍA CONILL, MI PADRE

Raúl Alejandro Santa María

La imagen que conservo de mi padre, el escritor y novelista don Alejandro Santa María Conill (1894-1956) es, ubicado sin preferencias en cualquier lugar de la casa, leyendo. Cuando comenzó a usar anteojos -yo era un poco más que un niño- le dije algo preocupado: "Eso se debe a tanto leer" y él me contestó: "Hay que leer hasta quedarse ciego y después componérselas para seguir leyendo".

La muerte de su padre, dejó a su familia, madre y cinco hermanos en total indigencia y desamparo. Por esa causa debió abandonar la escuela primaria cuando le faltaban pocos meses para concluir el último grado. Un amigo le avisó que en el Correo tomaban mensajeros para la distribución de telegramas pero tenía que poseer bicicleta y conocimientos de las calles de la ciudad. Aunque no alcanzaba la edad, dieciséis años cumplidos y no llegaba a catorce, pasó porque era alto y robusto. (Entonces los menores no poseían documentos). Su ingreso en esa repartición tuvo una importancia decisiva en su vida. Como empleado recorrió el escalafón telegráfico completo desde el puesto más bajo hasta el de Jefe del 8º Distrito de Correos y Telecomunicaciones a la edad de 37 años en 1931. Simultáneamente, por un hecho casual, descubrió su vocación y el amor de su vida: la literatura y los libros. Esta circunstancia merece relatarse. En el Correo conoció al que luego sería un amigo muy querido: Onofre Delle Donne. El padre de Onofre era muy aficionado a la literatura, especialmente a los novelistas muy en boga entonces: Víctor Hugo, Tols-

toy, Dostoievsky, Zola, Baroja y otros. Delle Donne padre despuntaba sus inquietudes literarias en una pequeña habitación del final de su casa. El joven Alejandro, apenas 15 años, se dirigía allí, atraído por un oculto imán en busca de la charla amena y los libros que gentilmente comenzó a facilitarle don Delle Donne. Como atrapado por un sortilegio, un mundo de imágenes, ideas, frases, personajes, el mundo del intelecto en fin, se abrió ante sus ojos y quedó deslumbrado. Prendida en mi memoria está su inmensa capacidad de asombro. Desde entonces y para siempre, su ambición fue escribir. No cedió jamás. Ni los embates de la vida, las dificultades de todo tipo, la incomprensión a veces; su inveterada falta de riqueza -ni demasiado bien, ni demasiado mal, según decía-, lograron desviarlo de ése, su único propósito: escribir. El quería ser escritor y novelista.

Pero esa resolución tenía vallas poco menos que insalvables. La pobreza cultural e intelectual en la Mendoza de las primeras décadas del siglo era grande. Las pocas escuelas primarias y secundarias eran diurnas y por ello inalcanzables para quienes necesitaban ganar el diario sustento.

Esfuerzos aislados de unos pocos alucinados mantenían una débil llama que amenazaba apagarse a cada instante. Merece recuerdo especial una institución de aquellos tiempos precursora de propósitos mayores: la Universidad Popular de Mendoza, creada el 1 de junio de 1920, que aún subsiste. Allí concurrían los jóvenes con inquietudes a escuchar conferencias de algunos notables como el luego legendario Rector del Colegio nacional "Agustín Alvarez" arribado a Mendoza por razones de salud, el profesor de Historia don Tomás Silvestre que desarrollaba clases de Historia Argentina; el joven Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales, don Hilario Velazco Quiroga, historiador, pedagogo y sociólogo; el Dr. Juan Ramón Guevara, sociólogo recientemente fallecido. Los políticos: socialistas, radicales, conservadores y de todas las tendencias se hacían presentes a exponer y defender sus teorías, sus sueños, sus quimeras ante un auditorio de jóvenes y otros no tanto, ávidos de sentirse incluidos en un mundo controvertido, virtualmente inundado de ideas y teorías socialistas. Las masas populares del mundo entero exigían cada día más escuchar y ser escuchados y sobre todo mayor participación en lo político, económico y cultural. La juventud mendocina de entonces contemplaba azorada lo que ocurría en Europa. La nueva centuria había nacido con sangre y fuego. Aquí, en Mendoza, los ferroviarios de La Fraternidad realizaron una huelga en 1917 y pelearon a brazo partido en la plaza San Martín, lugar

obligado de manifestaciones y protestas, con los "cosacos" de la policía montada; envueltos en banderas rojas gritaban desaforadamente consignas socialistas. Llegaban a Mendoza en grandes cantidades libros y folletos de naturaleza política y literaria. En este último orden en España, escritores, filósofos, poetas y novelistas de la generación del 98 como Miguel de Unamuno, Antonio y Manuel Machado, Pío Baroja, así como Federico García Lorca y otros escritores de la generación del 27, sentaban una influencia tan notable en los jóvenes literatos mendocinos que comenzó a integrarse lo que se llamaría la "generación del 27" por extensión de aquella otra famosísima de los escritores españoles.

A ella perteneció orgullosamente mi padre. La mayoría de los componentes de ese grupo fueron autodidactas. De ahí la lenta formación humanista basada solamente en la lectura de los libros que penosamente llegaban a sus manos. En aquellos tiempos difíciles y áridos supieron mantener incólume su profunda fe cultural y literaria defendiéndola como podían, aunque más no fuera en una mesa del café "Los 40 Billares" o la confitería "Colón". No puedo resistir la tentación de recordarlos porque los conocí personalmente, escuché su voz y todos ellos dejaron en mí una profunda huella ante su deslumbrante personalidad.

Así, pasa por mi memoria el dulce, sereno y siempre afectuoso poeta don Vicente Nacarato y su inolvidable *Rumor de acequia*. Don Vicente Nacarato estuvo unido a mi padre por una amistad de toda la vida. Fue su más cercano interlocutor. Juntos organizaron reuniones, conferencias y propiciaron la visita de escritores y ensayistas del país y del extranjero. El Dr. Américo Calí fue un intelectual de inmensa cultura y clara inteligencia. Era un conversador extraordinario. El más ameno e interesante que yo haya conocido. Ayudado por su impresionante memoria -podía recitar sin titubeos, la totalidad de los discursos de Belisario Roldán- subyugaba a su auditorio. Era imposible aburrirse a su lado. Hoy se diría el "Show de Américo Calí". Don Vicente Nacarato, el Dr. Américo Calí y mi padre se reunieron durante más de treinta años en distintos lugares, en verdaderos ateneos a los que concurrían literatos de todas las tendencias y edades. Según me confió el Dr. Calí, luego del fallecimiento de mi padre, esas reuniones no se realizaron más. Fue Calí el crítico literario más respetado de su época; si él pronunciaba su conocida frase: "Es hombre de letras", el novel escritor a quien iba dirigida podía salir confiado y seguro como joven caballero a transitar pluma en ristre los arduos caminos de la prosa y el verso. Otra figura que recuerdo es la del profesor

Juan Draghi Lucero, cuya inmensa obra histórica, literaria y folklórica se admira cada día más. En relación con el profesor Draghi debo relatar un hecho poco conocido: tuvo a su cargo, por designación de la Comisión Nacional de Cultura, dictaminar, entre varias obras, el discernimiento del premio Nacional de Folklore o Literatura (Región Cuyo), instituido por aquella Comisión entonces presidida por el escritor Carlos Ibarguren en el año 1941, y que fuera otorgado a la novela *La ciudad de barro* de Alejandro Santa María Conill. Evoco también al Dr. Guillermo Petra Sierralta, importante profesional del derecho, autor, crítico literario y de arte, destacado político, de conocida labor radial dedicada durante muchos años a la difusión de actividades literarias y pictóricas. El Dr. Petra Sierralta accedió gentilmente por su amistad de siempre con el autor, a intervenir en la edición de su novela póstuma *El nudo ciego* con el auspicio de la Fundación "Ricardo Rojas" que él dirigía. Al recuerdo se suman don Ricardo Tudela, el *Inquilino de la soledad*, orador contundente, filósofo y poeta de larga y proficua existencia; don Lázaro Schallman, inquieto y preocupado docente, autor del *Barbarismo en la escuela* y el *Mito de la educación moral*; don Seraffín Ortega, director durante muchos años de la Biblioteca Gral. San Martín, de sólida formación humanística, distinguido poeta y prosista; el Dr. Hilario Velazco Quiroga, ya nombrado, pedagogo, juriconsulto, sociólogo y autor de importantes obras históricas que, junto a mi padre, trabajó desde la iniciación en el jurado de la conocida beca "Adolfo Calle", instituida por el diario *Los Andes* para alumnos egresados de las escuelas primarias de la provincia (el Dr. Velazco Quiroga en representación del diario y mi padre de la Sociedad Mendocina de Escritores, hoy disuelta).

Otros personajes de la época fueron el poeta Armando Herrera autor del *Cancionero de la patria* y de *Cantos del terruño*, famoso por su simpatía y divertidas ocurrencias; don Alfredo Bufano que de tanto en tanto solía venir de la entonces lejana San Rafael a alternar con sus amigos y colegas, los escritores de la Capital, al igual que don Rafael Mauleón Castillo. Deseo destacar aquí dos anécdotas, si pueden llamarse así, relatadas por el poeta Bufano en conversación con mi padre en la casa paterna de calle Martín Zapata de Ciudad en 1941 ó 42, a la que tuve oportunidad de asistir. Según contó Bufano y como yo lo recuerdo, durante los últimos años de su estadía en Buenos Aires, a principios de los años 20, pasaba por una situación económica muy difícil, agravada por serios problemas de salud. Su labor era ya conocida por la permanente colaboración que

mantenía con el diario *La Prensa*, en la página literaria de ese famoso matutino. Profundamente preocupado atinó a dirigirse, sin mayor convicción del éxito de su gestión, al entonces Ministro de Justicia, Instrucción Pública y Culto, Dr. Jorge Coll, para requerirle la ayuda que urgentemente necesitaba.

Lograda la audiencia, Bufano le expresó su situación. El ministro lo escuchó con suma atención y le pidió unos días para encontrar la forma de resolver el problema. Poco después, Bufano concurreó nuevamente al Ministerio y el Dr. Coll le hizo saber que en forma inmediata podía ofrecerle la cátedra de Literatura Argentina en la Escuela Normal de San Rafael, Mendoza. Bufano aceptó profundamente agradecido y así fue como el poeta volvió a su Mendoza natal y en aquella ciudad del sur mendocino permaneció dedicado a la enseñanza y a su labor literaria y poética casi hasta el fin de sus días. "Por eso es, amigo Alejandro, que yo sostengo firmemente mi teoría del *hombre providencial*", dijo Bufano. "No quiero ni pensar lo que hubiera sido de mí, sin mi *hombre providencial*, que con tanta facilidad y rapidez dio solución al grave problema que me aquejaba". La segunda anécdota prometida, que no deja de tener cierta gracia, se refiere a que Bufano, trasladado muy joven a Buenos Aires, siguiendo sus sueños poéticos, logró en la ciudad de La Plata una amistad muy personal con Pedro B. Palacios, el legendario Almafuerte, y relató que en una oportunidad al llegar a la casa del poeta, lo encontró arreglándose para ir a dar una conferencia. Al ponerse la camisa, Almafuerte vio que los puños necesitaban gemelos, que por supuesto, no tenía. Luego de pensar unos momentos le dijo a Bufano: "Atámelos con una piolita" y Bufano agregó: "Enhebré los ojales e hice, en cada uno, un primoroso nudo rosa".

Gratamente recuerdo a las amigas de mi padre, las poetisas y novelistas Iverna Codina de Giannoni, Ana Selva Martí, Luisa Marienhoff y a los escritores Pedro C. Corvetto, Juan Bautista Ramos, José Tovar, Humberto Crimi, -gran propulsor de la Sociedad Mendocina de Escritores hasta su fallecimiento-; Víctor Hugo Cúneo, mi condiscípulo, el poeta que se nos murió plenamente inmolado, en juventud y cuando se esperaba tanto de él después del *Nacimiento del ciudadano*; Alberto Rodríguez (h), Fernando Lorenzo; Antonio Di Benedetto que nos ha dejado una herida tan profunda en el corazón. No puedo resistir la tentación de transcribir, en su recuerdo, la dedicatoria de un ejemplar de su libro de cuentos *Mundo animal* a mi padre: "Al amigo Alejandro Santa María Conill con el

respeto que guardo por su *Ciudad de barro* y el agradecimiento por tantas actitudes paternas que ha tenido en los comienzos de mi carrera literaria. Mendoza, 14-VII-53".

Mi padre profesó, como todos los escritores que fueron sus contemporáneos, afecto y respeto hacia los pintores Fidel de Lucía, Antonio Bravo, Lahir Estrella y el entonces muy joven Carlos Alonso, el ilustrador del *Nacimiento del ciudadano* de Víctor Hugo Cúneo. Don Fidel de Lucía fue el autor, a pedido de mi padre, de la carátula de la primera edición de *La ciudad de barro* que engalana el libro, dándole una expresividad propia de la exquisita sensibilidad del artista. La iglesia de La Merced y su blanca cúpula fue tomada de común acuerdo por el autor y el artista como símbolo de la cuarta sección de la Ciudad-Capital de Mendoza donde transcurre la novela, lugar de nacimiento del autor y donde vivió durante su infancia y juventud. El pintor Fidel de Lucía eligió su punto de vista en la orilla del Canal Cacique Guaymallén, de manera que se representa la parte posterior de la iglesia, con unos viejísimos adobones en primer plano y unas casas del mismo material, antiquísimas, hoy por supuesto desaparecidas. Yo atesoro un recuerdo muy personal con don Fidel de Lucía: pocos días después del fallecimiento de mi padre, nos encontramos circunstancialmente en el tranvía de la vieja línea 3, la que iba al parque. Nos saludamos y sin decir nada me miró con una expresión de la más profunda tristeza en su rostro y en sus ojos. Entonces y ahora valoro ese gesto en toda su dimensión porque provenía de un hombre profundamente humano y generoso. Yo sabía que don Fidel estaba ya muy enfermo y su fallecimiento ocurrido poco después, privó a Mendoza de uno de sus más grandes artistas.

Tengo plena conciencia que la lista de los aquí evocados es dolorosamente incompleta. Pido perdón por ello. Tengámoslos no obstante, presentes a todos, en nuestro afecto y en el reconocimiento a sus obras porque ellos fueron los iniciadores, los precursores, los que se atrevieron a cruzar el desierto sin oasis, aunque estuvieran seguros de que sólo calmarían la sed con sus propias lágrimas.

Debo evocar también, en párrafo aparte, al que sin ser escritor, resultó una suerte de mecenas de todos ellos: don Gildo D'Accurzio. Lo recuerdo siempre afable, de mirada mansa y hablar pausado. Desde su imprenta, en el local de la esquina de calles Buenos Aires y Rioja, buscaba hasta encontrar solución económica, ante las arcas perennemente exhaustas, por no decir vacías, de los autores, hasta lograr la edición de sus

obras. ¡Cuánto le debe la cultura mendocina a este hombre humilde y silencioso!

Sin ninguna duda que con el correr del tiempo entre las obras de Alejandro Santa María Conill *La ciudad de barro* es la novela que ha logrado permanecer en el tiempo y en el recuerdo de los mendocinos interesados en temas literarios. Por ello creo que debo dar testimonio de primera mano, como si fuera el propio autor, sobre algunos aspectos relacionados con ella, que han originado ciertos comentarios y suposiciones. Quizás mi aporte ayude a que queden aclaradas definitivamente.

Aparecen en la novela dos personajes, a mi modo de ver muy simpáticos: Simeón Kirtzoff, "el pequeño Kirtzoff" y Victoriano Ortúzar, "el bibliotecario Ortúzar". Ellos son sin ninguna duda, sus muy buenos y queridos amigos Lázaro Schallman y Serafín Ortega, ya nombrados en este relato. Se trata, ni más ni menos que una broma y una "venganza literaria". Schallman y Ortega, distinguidos y respetados escritores, habían hecho públicamente críticas un tanto cómicas del *Vuelo sumiso*, primera novela de mi padre. Dicho rápidamente, no tomaron este trabajo para nada en serio, aunque era un buen comienzo para un novel autor, que aprendía lenta y laboriosamente su oficio y de quien a juicio de otros críticos literarios, podían esperarse obras mayores. Este juicio tiene su fundamento porque el *Vuelo sumiso* (opera prima) mereció el premio "Mención Especial" en el Concurso Literario de la Municipalidad de Mendoza en el año 1933. Doy fe con total seriedad de que este "divertimiento literario" jamás empañó en lo más mínimo la amistad que los uniera durante toda la vida, porque aceptaron sin enojos ser vistos, al decir de Américo Calf, "con ojos de burlón creador" y porque sabían por su conocimiento del autor y de su manera de ser, que aunque cáustico muchas veces en sus opiniones, en el decir y en el escribir, carecía por completo de maldad. Aborrecía el odio, la perversidad, la falta de escrúpulos, el aprovechamiento despiadado de los demás, las humillaciones por razones religiosas, políticas, raciales o sociales y fustigó sin piedad y sin temor a quien o a quienes las practicaban. Eligió para ello el relato en forma de novela o de "prosa festiva". Sentía desprecio por el obrar de ciertos individuos. Pero salvo en el caso en que caricaturizó a Schallman y a Ortega en su aspecto físico y en sus devociones intelectuales, no describió a personas individuales. A él le interesaban los arquetipos. Remito al lector, si así lo desea, a "El trepador" en el libro *Flechas de papel*. Caracteriza aquí a esos personajes que pululan por las ciudades y apare-

cen en todos los círculos donde haya ventajas que obtener sin ofrecer méritos para lograrlas, creyendo -convencidos-, que nadie los mira, que nadie los observa, que nadie los estudia. De muchos, queda uno, el común denominador y a "quien el sayo le quede bien, que se lo ponga".

Se ha dicho, incluso se ha escrito y es opinión formada del distinguido profesor Juan Draghi Lucero, que la novela relata la vida del político mendocino y ex-gobernador Dr. Carlos Washington Lencinas y ha creído verlo representado en Julio Esquivel, el protagonista. Debo decir, enfáticamente, que ello no es así. El autor supo de este parecer y le causaba gracia. En realidad, todo o casi todo le causaba gracia. Recuerdo que en una oportunidad me dijo: "Hay gente que cree que Julio Esquivel es Carlos Washington Lencinas. Están equivocados. Lo que yo he pretendido mostrar en la novela es la pésima manera como se hace política en Mendoza". Julio Esquivel es un joven soltero, abogado, inteligente, bien parecido, elegante, no muy rico pero con un casi seguro exitoso porvenir. Es decir, que de acuerdo con las costumbres de su época, podía considerarse-lo un "soltero codiciado". Pero a este joven talentoso se le ocurrió un día intervenir en política. Los hechos, las circunstancias lo van convirtiendo, sin que pueda evitarlo, en poco menos que una mala persona. La crítica no es al sistema sino a la forma cómo se lo practica y a lo que puede llegarse cuando se ingresa decidida y ambiciosamente en él. Por eso es que aparecen similitudes y semejanzas que lo aproximan al caudillo político, pero uno no es el otro y viceversa, aunque en definitiva y al final, tuvieran los dos el mismo trágico fin.

La ciudad de barro es una obra de ficción. Cada uno de sus personajes puede parecerse a alguno o a muchos otros de los habitantes de esta tierra, porque Alejandro Santa María Conill fue sobre todo y ante todo un escritor mendocino. Mendoza y su gente son los únicos protagonistas de sus relatos. Estudió la psicología, la manera de ser y de obrar, las actitudes buenas y malas del mendocino de su tiempo y lo insertó en el llano y en la montaña, en sus acequias y sus ríos, en las bodegas, en los viñedos y en la ciudad, en la ciudad de adobes, en la ciudad de barro, en la ciudad donde nació y murió, la ciudad que durante toda su vida estuvo en sus labios y en su corazón.

El hombre y el paisaje de la tierra mendocina fueron sus obsesiones literarias. Deseaba ser fiel hasta en los mínimos detalles. Así, por ejemplo, durante la preparación de su novela póstuma *El nudo ciego* ambientada en algún barrio de Las Heras, tomaba un colectivo y descendía en

cualquier lugar que le agradara y recorría las calles, observaba las casas, especialmente las más modestas y sus "adornos": las plantas y las plantitas, las flores, los patios de tierra y los parrales, las voces que podían escucharse, tratando de adentrarse en los sentimientos, en los sueños y en las esperanzas de sus habitantes. Las descripciones del paisaje y de la "casita de Las Heras", donde vivían la abuela "Misia Rosario" y su nieto "Panchito" son el resultado de esas innumerables y largas caminatas que practicaba solo o acompañado por su amigo de siempre, el poeta don Vicente Nacarato.

Espero que el lector me perdone la inmodestia de que sea yo, quien defina a mi padre como a un hombre libre y puro, que no quiso servir a nadie ni pedir a nadie, nada.

Don Alejandro Santa María Conill, nació en Mendoza, Capital, el 28 de marzo de 1894. Fueron sus padres Arístides Santa María y Máxima de las Mercedes Conill y su esposa Ana María Aubone, madre de sus tres hijos.

Pocos días antes de su muerte, falleció en Madrid don Pío Baroja, quizás su máximo ídolo literario. Mi hermano Mario creyó conveniente decírselo. Cansado y agobiado por la enfermedad lo miró largamente y dijo: "*Zalacain el aventurero* es un libro muy hermoso".

El 1 de noviembre de 1956, fue su adiós a la vida. La naturaleza, a la que tanto amó, se apiadó de él. Sin queja ni sufrimiento, quedó en silencio. En cuanto a mí, nunca pude aceptar su muerte y han transcurrido ya más de treinta y siete años.